

## ENSUEÑO

Una mujer vestida de blanco camina por las calles de Vicuña. Lleva su cabello gris sujeto con un simple moño y se desplaza al ritmo de sus pies cansados.

Viene de Montegrande, donde visitó su casa escuela. Está muy remozada, pero conserva esa austera sencillez que la cobijó hace muchos años. Ese es el único lugar donde tal vez fue feliz, piensa.

Llega a la plaza del pueblo y se sienta frente a su propia estatua, tan enorme que la hicieron, por suerte le agregaron unos niños que la acompañan siempre.

Observa con interés el paseo de la gente. Nadie se fija en ella, pero estas personas no le son ajenas, hay algo familiar que la conecta a esos seres.

Continúa su rumbo hasta llegar al museo. Está por cerrar, pero ella ingresa tranquilamente. Nadie la detiene. Recorre el lugar sorprendiéndose de que tengan tantas cosas suyas: medallas, apuntes, condecoraciones, muchísimos libros escritos por ella en varios idiomas.

Se instala en el mesón del fondo cubierto por un cristal bajo el cual hay fotos y recortes.

Necesita hacer un repaso de su vida. Recuerda sus intensas plegarias:

- *“Señor hazme fuerte en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre”,*  
*“Dame ser más madre que las madres”.*

Cierran el museo. Ella permanece ensimismada en sus recuerdos. Aprieta un botón al costado de la mesa y se activa un video, es su vida la expuesta.

Está su madre, su hermana, una difusa imagen de su padre ausente; es su historia contada como un cuento.

Poco se dice de sus carencias. Nada se menciona de su empeño por superar la descalificación que sufrió al ser expulsada de la Escuela Superior de Vicuña, que ahora lleva su nombre, por “no tener dotes intelectuales de ningún género”.

Fue una lucha constante por superar las dificultades que la vida le presentó:

- *“No me quisieron en Chile”, “Mucho tiempo me ignoraron”, “Yo fui una criatura vagabunda, desterrada voluntaria”*. Pero he recibido un don: *“Escribir me suele alegrar, me suaviza el alma”*.

He tejido tantas rondas, en el bosque y en el mar, pero en ninguna de ellas yo he podido danzar.

La pantalla sigue entregando información. Ahí está ella, vestida de negro, con traje largo, que tuvo que pedir prestado para recibir el gran premio. Jamás lo habría soñado. Se fueron abriendo puertas. Vinieron viajes, conferencias y más premios, pero ella siguió siendo la misma mujer solitaria, juzgada e incomprendida.

Al final de la vida, sin zozobras de dinero, le llegó el amor. Ese amor gratuito y fiel que la acompañó hasta el último día.

Y ahora está aquí, en su museo repasando su historia.

En un estante lateral hay varios álbumes de fotos. Algunas se ven antiguas y algo borrosas.

Revisa sus páginas, desconoce a muchas personas, pero una le llama poderosamente la atención. Es Adelaida Olivares, la maestra que la trató injustamente de ladrona frente a sus compañeras, las que al salir de la escuela la apedrearon.

Esa humillación la guarda a fuego en su alma. Toda la rabia acumulada se hace presente y, en un impulso incontrolable, arranca la foto y la rompe en pedazos.

Esto le produce un alivio inesperado, sonrío al mirar los restos de la fotografía.

Adelaida ya no duele más.

Presiona el botón para apagar el video. Da una última mirada y sale del lugar perdiéndose entre los cerros.